



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO  
 ESCRITA POR  
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

Uno de los más portentosos escritores de este siglo es indudablemente Francisco A... vizconde de Chateaubriand. Este célebre literato vió la luz primera el año 1768, en la ciudad bretona de Saint-Maló, y despues de una existencia fecunda en creaciones literarias y en variados episodios, feneció el año 1848, siendo enterrado en el islote del gran Bé, próximo á la poblacion citada.—Dotada su familia de medios sobrados para educarle cumplidamente y procurarle una instruccion



sólida, la de Chateaubriand fué completa bajo todos los conceptos. A los maestros sirvieron de poderoso auxiliar los atractivos de una naturaleza grandiosa por los accidentes que el suelo ofrece y por las sacudidas y tempestades que agitan los mares y se contemplan desde las costas bretonas.—Estos fenómenos, y el sistema de vida adoptado, despertaron enérgicamente la imaginacion del jóven vizconde, inspiráronle las impaciencias del aventurero y la aficion á los viajes, y le impulsaron á abandonar la Francia y á buscar en la jóven América

El vizconde de Chateaubriand.



nuevos y variados horizontes, donde verdaderamente se perfeccionó su educacion y se formó por completo su corazon sentimental y romancesco.

Despues de recorrer detenidamente aquellas comarcas y cruzar sus vírgenes y frondosos bosques, admirando las maravillas de la creacion y las pujantes energías de un suelo accidentado y feraz; dado ya á esa melancolía y á esos sueños que constituyen el alma del verdadero poeta y del escritor concienzudo; enriquecida su erudicion por una lectura constante y por fecundas y poderosas reflexiones, regresó al fin á su patria, precisamente en los momentos en que la Revolucion francesa habia cambiado el modo de ser de la sociedad, y sólo ofrecia al observador los desórdenes de sus arrebatos y los horrores de un vertiginoso y apocalíptico frenesí.

La indignacion de Chateaubriand no tuvo límites: la desaparicion de las antiguas grandezas que por natural inclinacion admiraba, y que por hábito consideraba sagradas é inviolables; las pasiones y las iras de los revolucionarios, azotadas por sus implacables enemigos, y aquellos regueros de sangre con que estos pensaban regenerar al mundo entero, espectáculo fué que no pudo resistir este singular literato, y causa de que abandonando su país natal se trasladara á Lóndres, donde habitó hasta 1800, consagrándose al estudio y luchando con la penuria y la escasez.

Calmada la efervescencia, y colocado Napoleon Bonaparte al frente de la nacion, el año referido pisó Chateaubriand nuevamente el suelo francés en compañía de otros muchos emigrados. Su deliciosa é interesante novela, *Atala*, le abrió las puertas de los más aristocráticos salones; su amena conversacion, su talento y sus conocimientos vastos y profundos, le atraieron las simpatías y la admiracion de sus amigos y de cuantos tuvieron ocasion de tratarle. Este es el instante que este escritor utiliza para darse á conocer con una obra verdaderamente magistral, y este el momento escogido para crearse una reputacion y hacer de su nombre una de las glorias de su país.

A consecuencia de la escandalosa disolucion de los cortesanos en tiempo de los últimos Borbones, y de las perturbaciones, tumultos é irreligiosidad de la época revo-

lucionaria, el pueblo francés habíase olvidado de las enseñanzas de sus mayores, y las creencias habian desaparecido ante la satírica frivolidad de los poetas ó la escéptica audacia de los filósofos y pensadores. El catolicismo sólo obtenia fervoroso y tímido homenaje entre los sencillos aldeanos de las provincias más recónditas, ó entre algunas familias que al mantener su adhesion monárquica, no se habian hundido en el lodazal de viles y descocados aduladores. La indiferencia y la duda se enseñoreaban de todos los espíritus; el olvido de la moral se mostraba por do quier, y generalmente se tenia á la religion católica por enemiga de las artes y de las grandezas humanas, y mantenedora y sosten de la barbarie feudal.

Patentizar la sinrazon de tales errores, presentar las grandezas de la religion cristiana, demostrar que habia inspirado á los más gigantes artistas y á los génios más sublimes, tal fué la atrevida pretension de nuestro escritor, y tal la empresa que acometió dando á la estampa *El Géneo del Cristianismo*, obra cuyo encantador estilo, cuyas bellísimas narraciones y cuya trascendencia celebraron todos á una, persuadiéndose poco á poco de que la religion cristiana es la más perfecta de cuantas han profesado los hombres, y la única cuyos divinos caracteres se revelan en los resultados de su influjo bienhechor. Verdadero acontecimiento literario, filosófico y social, este libro apareció en 1802, y colocó á su autor en el primer puesto entre los literatos contemporáneos. Su trascendencia fué tanta, que á manera de brillantísimo y refulgente foco, desvaneció mil y mil tinieblas, y trasformó el espíritu francés, cual si encerrara encantador y poderoso hechizo.

Tan portentosa creacion no evitó, sin embargo, que ya por su engreimiento, ya por la guerra que al gran Napoleon hacia, Chateaubriand se viera mal quisto del Ogro de Córcega, y precisado á emprender viajes y á precaverse contra las persecuciones. No fueron estos, en verdad, estériles; en uno de ellos escribió su *Itinerario de Paris á Jerusalem*; y gracias á los ócios que su alejamiento de la política le procurara, trazó y desenvolió con encantador é inimitable estilo la conmovedora narracion de *Los Mártires*, poema en que alardea sus conocimientos y estudios acerca de la antigüedad



clásica y la facilidad con que penetraba los misteriosos arrebatos del misticismo cristiano y las purísimas aspiraciones de los héroes de esta creencia. Posteriormente dió á luz sus *Estudios históricos*, y en la última época de su vida las *Memorias de ultratumba*, libro de índole especial, en que traza su biografía con la impertinente petulancia propia de un francés, y en ese ampuloso y florido estilo que muchos le censuran ácremente, sin tener en cuenta sus merecimientos extraordinarios y su talento excepcional.

Otras muchas obras y opúsculos de todos los géneros publicó durante su vida el célebre vizconde; entre ellas podemos indicar algun ensayo dramático, que no alcanzó ningun éxito, y composiciones poéticas que no llegaron á la medianía, y fueron siempre la desesperacion de su autor. Esta llegaba á un extremo inconcebible. Alguna vez afirmó que daría todos sus trabajos literarios por cincuenta versos dignos del gran Corneille.

Triunfante la dinastía borbónica, y entronizado Luis XVIII en el sólio de sus mayores, Chateaubriand fué embajador y ministro, y obtuvo, en cuanto es dable, el premio de sus trabajos literarios y la recompensa á que sus méritos y su lealtad le hicieran acreedor. Destronada nuevamente la rama primogénita de los Borbones, y elevado al trono Luis Felipe de Orleans, el celebrado y grandioso escritor abandonóse nuevamente á sus aficiones artísticas, y pudo presenciar la significativa y trascendental lucha entre clásicos y románticos, ó sea entre los partidarios de la estrecha preceptiva y de los menguados recursos retóricos de griegos y romanos, y entre los que, atentos al sentimiento y al fondo, prefieren sacrificar la forma en aras de lo sublime y lo grandioso, en vez de oprimir y sujetar el pensamiento con mezquinos y convencionales moldes, y con rutinarias y ya desacreditadas limitaciones. Cuál fuera el puesto que el ya anciano vizconde ocupaba en esta polémica, no es ocasion de determinarlo, dada la extension de estos apuntes: bástenos decir que él inició ó preparó la lucha, y presenció el triunfo de las doctrinas más razonables y filosóficas.

B. FERNANDEZ MIGUEL.

## VARIEDADES.

### LA VIDA EN EL INTERIOR DE LOS MARES.

*La poderosa vegetacion de los bosques tropicales de los continentes terrestres, localmente impotentes para producir tan ricas, tan bellas, tan graciosas y variadas formas en sus contornos, se halla aquí sobrepujada por la magnificencia de los colores: esto reconoce por causa que los prados, los jardines y bosques oceánicos tienen animales por plantas. Aunque en las zonas templadas sea el desarrollo extraordinario de la vegetacion uno de los caracteres típicos del lecho del mar, las faunas marinas llegan á tener en las olas tropicales tal anchura y multiplicidad, que la superioridad del reino animal en estas últimas regiones es incontestable.*

*Todo cuanto es bello, raro, maravilloso y sorprendente en las grandes clases de peces, equinodermos—erizos—physalios, polipos, moluscos de todas clases, pulula en las aguas adlientes y cristalinas del Océano tropical; descansa en sus blancas arenas, invade sus rugosas rocas y sus cortados precipicios, disputa el sitio ocupado, se arrastra para vivir á costa y cargo del ser más débil que primero encuentra, como los parásitos de todos los tiempos y países; nada por la superficie ó se sumerge en los abismos, mientras que las masas vegetales, en medio de las cuales residen dichos seres, son comparativamente de unas dimensiones muy inferiores á las de sus habitantes.*

*Esta singularidad procede de una ley igualmente eficaz en tierra, que*



*dispone que el reino animal, mejor adaptado á las circunstancias exteriores y favorecido por la locomoción, estienda sus variedades por espacios más vastos que el reino vegetal.*

*En las mares polares abundan las ballenas, las focas, aves acuáticas, y multitud de seres inferiores; manifestándose la vida animal, hasta en las latitudes en que enfriada el agua, ya no nutre la savia de las hierbas marinas, en donde ha desaparecido todo rastro de vegetación, sumida desde mucho tiempo bajo los eternos hielos.*

*Por esa misma razón, la vida vegetal concluye antes que la animal en las direcciones del mar perpendiculares al horizonte, y que partiendo de las profundidades, en donde no pueden penetrar los más débiles rayos de luz hasta el suelo, la sonda trae á la superficie de las aguas millares de infusorios vivos, cuyo número y existencia prueban de una manera patente y tangible que la vida animal excede en mucho á la vegetal.*

MANUEL PEREZ Y SERRANO.

## HISTORIA NATURAL

### Orden 1.º—Coleópteros

Los insectos llamados *sagra* son de tamaño bastante grande, propio de los países ecuatoriales del antiguo continente, con colores brillantes pero uniformes. Su especie más notable es la *sagra* de Boisduval, que tiene una pulgada de largo, el cuerpo de color verde brillante, el escudo pardo rojizo, los elitros verdes con su parte superior de color de fuego; las patas de color verde brillante, y las posteriores muy arqueadas, carácter distintivo del género. Se encuentra en Java.

La *crisocroa opulenta*, propia de las co-

marcas cálidas del antiguo continente, tiene cerca de dos pulgadas de largo y unas ocho líneas de ancho, y es de un hermoso color verde dorado; sus elitros presentan marcas longitudinales y una mancha transversal amarillenta en cada uno. Comprende este género una porción de insectos, siendo el más notable este que citamos. También se encuentra esta especie en la isla Java.

El *pirode* es de colores brillantes, y pertenece también al nuevo continente. Se han hecho tres divisiones, colocando en una las especies de escudo veloso y triangular, en otra las de escudo triangular y desprovisto de vello, y en la tercera las de escudo pequeño; siendo la especie más digna de mención el *pirode* notable, bastante común en el Brasil.



EL SANTON

Santon es una palabra que los extranjeros, y principalmente los españoles, aplican en muy diversos casos á los sacerdotes, ermitaños y vendedores de objetos religiosos en Turquía y Arabia. Donde ven un amplio ropaje, un gran turbante y un anciano orando, aconsejando ó mandando la oración, le aplican desde luego el nombre de Santon.

Sin embargo, en la gerarquía mahometana no se conoce este cargo ó profesion. Generalmente se atribuye á los Santones la predicación de la guerra santa, en la cual, sin embargo, no toman más que una pequeña parte.

El grabado que acompaña á estos apuntes representa uno de esos fanáticos que



por sí mismo escita á la matanza, y predica, digámoslo así, dentro de su jurisdicción la guerra santa; siendo venerado por la ignorancia y superstición del pueblo.

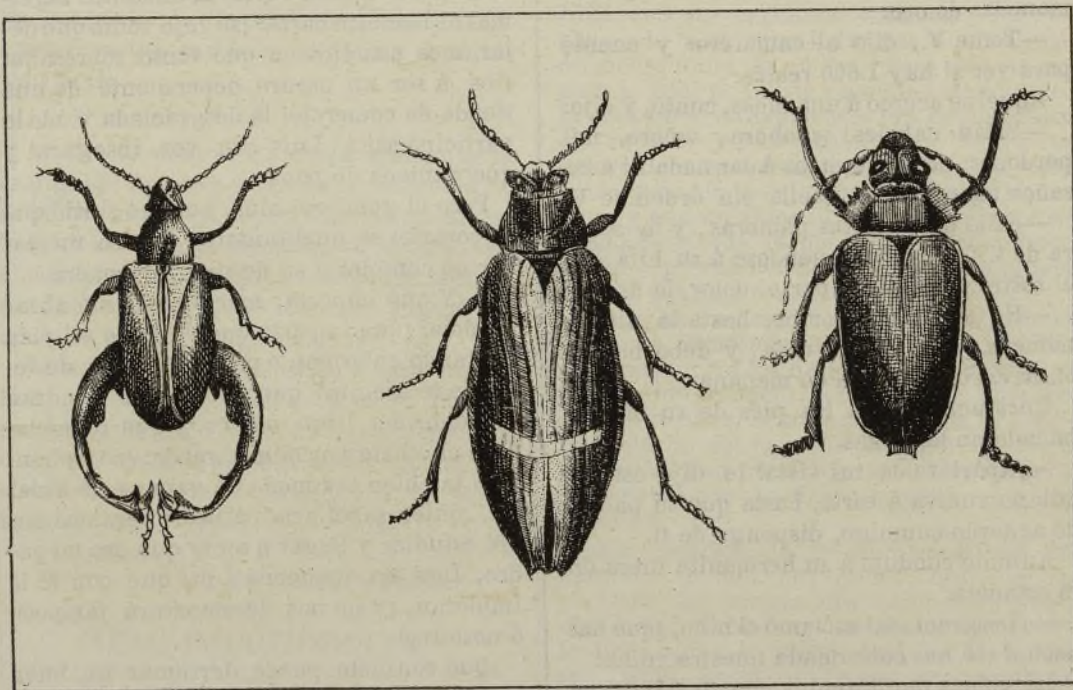
#### EL UNO Y EL CERO

Pues, sí, señor; yo soy algo...  
 Bien se indica  
 Que es verdad;  
 Si uno soy, cual uno valgo;  
 Grande ó chica  
 Cantidad.  
 Me llamo número entero;  
 De algun fondo

Cifra soy;  
 Mientras tanto, el vano Cero,  
 Tan redondo,  
 Nada es hoy.

Así se explicaba el Uno  
 Cierta día,  
 Con calor,  
 Y á todo el Cero, oportuno,  
 Le decía:  
 —Sí, señor.

Pero pónme á la derecha  
 De guarismo;  
 Tú verás  
 Cómo logro, cosa hecha,



Historia natural: Sagra de Boisduval, crisocroa opulenta y pirode notable.

Que tú mismo  
 Valgas más.  
 —Luego valgo cosa alguna...  
 —Pende ahora  
 Del lugar.  
 —¿Es entonces la fortuna  
 Quien valora  
 Por azar?  
 Yo soy á la izquierda un ente,  
 Cifra tonta,  
 Nulo ser.  
 Pero en puesto diferente,  
 Mucho monta  
 Mi valer.

¡Misterios son de la vida,  
 Los que adrede  
 Viendo estás!  
 Y añade el Cero en seguida:  
 ¿Quién no puede  
 Valer más?...

«Pensamiento fué profundo;  
 Sábio es esto.  
 ¡Bien habló!  
 Algo igual pasa en el mundo.  
 ¿Vale el puesto?  
 Valgo yo.»

ALFONSO E. OLLERO.



## LOS MEJORES AMIGOS

Continuación (1).

—La señorita Amelia dijo que había sido V., señorita, y como su papá acaba de morir y su mamá ha quedado en la desgracia, allí es en vano acudir, ni aún por la mitad del coste, como había pensado el amo...

—¡Basta! dijo la señora de Cifuentes; yo pagaré, aún que me cueste sacrificar el último dinero que queda en mi casa.

Salió dichas estas palabras, y volvió á los pocos instantes con una bolsa de seda verde, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro.

—Tome V., dijo al camarero: y cuente para ver si hay 1.500 reales.

Aquel se acercó á una mesa, contó, y dijo:

—Están cabales: y ahora, señora, mil perdones; no volveremos á dar nada ni á las señoritas ni á la doncella sin orden de V.

—Salió dichas estas palabras, y la señora de Cifuentes, volviéndose á su hija con el rostro trastornado por el dolor, la dijo:

—He dado á ese hombre hasta la última moneda que había en casa, y debo buscar en la caridad el pan de mañana.

Enriqueta cayó á los pies de su madre, bañada en lágrimas.

—¡Apártate de mi vista! le dijo ésta, y que no vuelva á verte, hasta que tu padre, de acuerdo conmigo, disponga de tí.

Antonio condujo á su hermanita fuera de la estancia.

—¡Desgraciada! exclamó el niño, ¿qué has hecho? ¡tú has consumado nuestra ruina!

La señora de Cifuentes mandó llamar en seguida á la antijuiciosa y vil Anita; pero ésta, enterada de lo que ocurría, y segura de que la iban á despedir vergonzosamente, había desaparecido.

### VIII.

Cuatro días despues la señora de La Roca, ó sea la madre de Amelia, leía la carta siguiente:

«Mi querida prima: Tu carta me ha causado á la vez extrañeza y dolor: dolor, por la pérdida de tu excelente y digno marido; extrañeza, porque deseas, á lo que veo, que me encargue de tu hijo.

No encuentro la necesidad de que Luis

siga una carrera larga y costosa, ni me comprometo á sufragar los gastos de la misma: no ignoras que tengo hijos, y que su educación me origina dispendios y cuidados: así, pues, lo que puedo ofrecerte para el tuyo, es colocarle en una casa de comercio, donde pueda ganar desde el primer año alguna cosa: el pensar en estudios y carreras, es escusado.

Si te parece bien lo dicho, envíamelo cuanto antes; y si se porta bien, pronto tendrá hecha una suerte modesta, pero segura.

Tu primo afectísimo, FRANCISCO M...

La pobre madre vertió abundantes lágrimas al leer esta carta: ¡su hijo tenía que dejar unos estudios en que tanto sobresalía! ¡iba á ser un oscuro dependiente de una tienda de comercio! la desgraciada viuda lo participó así á Luis con voz insegura y quebrantada de pena.

Pero el generoso niño, aunque sintió que su corazón se quebrantaba, se hizo un deber de consolar á su desgraciada madre.

—¿Y qué importa, mamá? exclamó abrazándola: ¿qué importa que yo gane mi vida visitando enfermos, ó midiendo varas de tela? yo te aseguro que pronto me pondrán al frente del libro mayor, y que reemplazaré el bufete por el mostrador: ¿no es honroso también ese modo de ganarse la vida? y... ¿quién sabe? acaso á ratos perdidos podré estudiar y llegar á ser lo que era mi padre; Dios no abandona á los que con fé le imploran, ¡y no nos desampará tampoco á nosotros!

¡Qué consuelo puede derramar un buen hijo en el corazón de su madre! La de Luis se halló de repente dichosa y aliviada, aunque por la tarde tuvo otro nuevo y grave disgusto.

Su hermana política la señora de Cifuentes fué á verla, le contó el deplorable resultado de los paseos de Amelia y Enriqueta con la culpable Anita, y le dijo que aquella noche abandonaban su elegante hotel, para irse á vivir á una pobre casa del barrio de Pozas, donde esperaría el regreso de su esposo: la causa de aquella súbita determinación era el haber dado al dueño del café el último dinero que le quedaba, por los descalabros de Amelia, de los que había llevado la culpa Enriqueta, y que había pagado su madre.

(1) Véase la pág. 246.



Cuatro días después, Amelia se hallaba colocada en casa de una modista, con orden de su madre de no dejarla un instante de la vista: allí debía dormir, y sólo debía ir á su casa cada ocho días, es decir, los domingos por la mañana, durante dos horas.

Luis partió el mismo día á casa de su tío á Barcelona para entrar en seguida en una casa de comercio, y su madre, sola ya y desolada, fué á participar la pobre existencia de sus hermanos políticos los señores de Cifuentes, que ofrecieron un sitio en su casa y en su mesa á la desgraciada viuda.

La despedida con su hijo no pudo ser más dolorosa: tantos pesares como le daba Amelia, tantas horas de consuelo debía á Luis, cuyo respeto y cariño no se habían desmentido jamás.

### IX.

Amelia se sublevó contra la mano que la castigaba; decidida á cansar la paciencia de la buena mujer en cuyo taller la habían colocado, de comun acuerdo, su madre, su abuelo y su tía, no quería trabajar absolutamente nada, y despreciaba lo mismo los consejos que las reconvenciones.

Cuando iba cada domingo á casa de sus tios, que era por entonces la de su madre, cambiaba de traje, y volvía á marcharse sin dirigir á nadie la palabra: solamente, al pasar cerca de su prima Enriqueta, le enseñaba el puño cerrado, y le decía:

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

## UNA IMPRUDENCIA

### Conclusion (1)

D. Narciso, como ya hemos dicho, falleció sin disposición testamentaria, dejando por herederos forzosos á dos hijos de corta edad. La importancia de su herencia hizo necesario el nombramiento de curador que legalmente les representase, recayendo este cargo en un pariente primo hermano del difunto. A los pocos meses, el representante legal de los menores se presentó en la casa de Ruperto, y avistado con su abuela la reclamó diez mil reales, que según un recibo encontrado entre los papeles de aquel era en deber la herencia de Juan á la de sus representados. La pobre anciana contestó que mucho antes su difunto hijo se había solventado, y que por lo tanto nada adeudaba; pero el curador, aun cuando no

dudase de la verdad de esta aseveración, que garantizaba la intachable honradez de la familia, manifestó que de no presentarse justificante del pago, su imperioso deber le obligaba á entablar la reclamación en forma ante los tribunales.

La abuela de Ruperto, persuadida de que su hijo había satisfecho lo que se la reclamaba, empezó á buscar el documento que lo acreditase: inútiles fueron sus pesquisas; y la perspectiva de una nueva desgracia que consumiese el patrimonio de su nieto, patrimonio que ella había aumentado considerablemente á fuerza de trabajo y privaciones, dominó su quebrantado espíritu y cayó gravemente enferma. Esta situación impresionó á Ruperto de una manera dolorosa; y sobreponiéndose heroicamente á su edad, con sus cariñosos cuidados y los recursos de la ciencia, logró ver á su segunda madre fuera de peligro. Pero otra causa, para la cual no existe remedio terapéutico, la consumía visiblemente: era esta la falta del recibo, y sus temores por la suerte futura de su pequeño huérfano. Llegó éste á comprender toda la gravedad de la situación, y con un valor juvenil impropio de su edad, pero que la desgracia misma hace brotar, procuró consolar á su atribulada abuela del mejor modo posible.

Ya se había entablado ante el juzgado la demanda. Moralmente la conciencia pública condenaba á los herederos de D. Narciso á perpétuo silencio; pero la ley, que no tiene entrañas, si no se presentaba la prueba material del pago haría efectivo este en bienes del que resultaba deudor, gracias al documento que aquellos conservaban, y que decía así:

«He recibido de D. Narciso Ripoll la cantidad de diez mil reales, que me ha prestado sin interés alguno; obligándome, con todos mis bienes y haberes, á devolverle dicha suma en plazos anuales de á dos mil reales, hasta reintegrar totalmente su préstamo. Y para su resguardo le expido el presente.

Villanueva 5 de Noviembre de 1785.—  
JUAN RAMIREZ.»

Una noche en que vivamente preocupada la anciana discurría sobre la manera de justificar el pago, despiértase en su espíritu una sospecha: coge á su querido Juan entre sus brazos, y llenándole de caricias le dice: «Hijo mío: tu padre, para salvar una desgracia que le ocurrió, tuvo necesidad de tomar prestados 10.000 reales, y repuesto de su quebranto en poco tiempo, pudo pagar y pagó la misma cantidad en el plazo convenido. Yo recuerdo que Juan recogió el oportuno recibo, le he buscado inútilmente, y es el caso que ahora se reclama la misma cantidad, y yo no sobreviviré al dolor de que nos condenen á pagarla, dejándote arruinado, mi querido niño, cuando mi con-

(1) Véase la pág. 247.



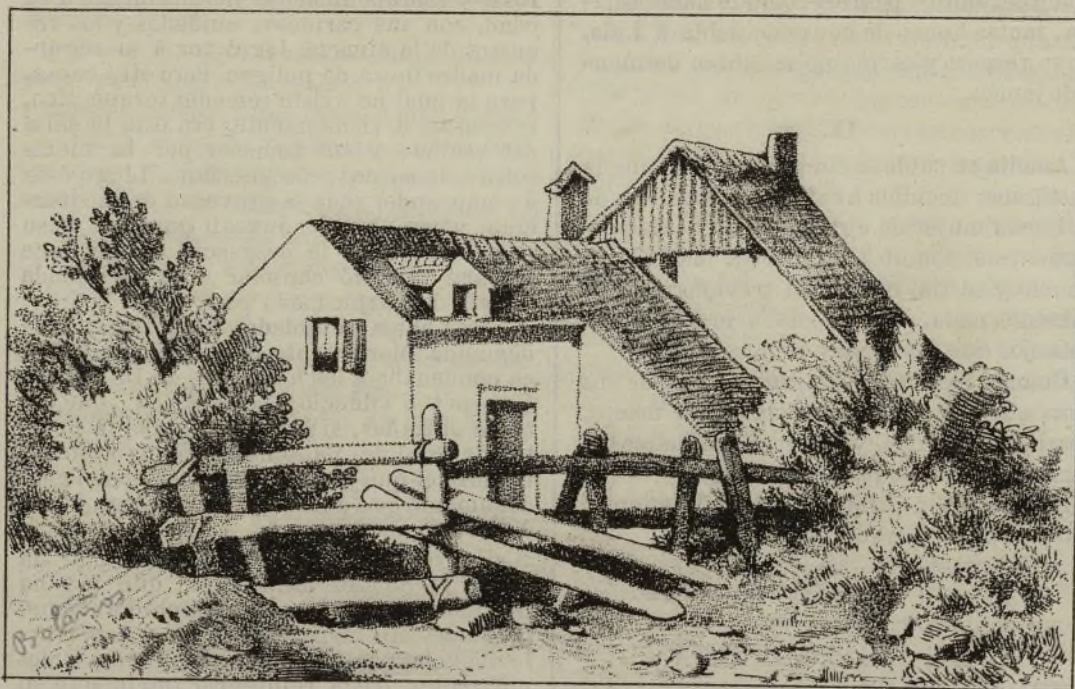
ciencia me asegura que nada debemos. Ayúdame, hijo mío, pues yo estoy loca y me siento desfallecer: busca, busca tú ese papel que constituye nuestra salvación y mi salud; el corazón me anuncia que Dios, por tu conducto, va á devolver á esta pobre vieja el documento necesario para no dejarte abandonado.»

Impresionado el muchacho por tales indicaciones, comprende su importancia, medita y reflexiona con el empeño del adulto, y de pronto lanza un grito con gran asombro de la anciana, salta de un brinco al desvan, donde se hallaba aquella famosa cometa que tanto ruido había producido entre la gente menuda del pueblo. Coge en

sus manos el juguete, le examina con nerviosa ansiedad, y de pronto, trémulo de emoción, exclama: ¡Ya pareció, madre mía! y cae desplomado, rendido por la fuerza de los encontrados sentimientos que le habían dominado.

Repónese instantáneamente, corre veloz como el rayo al lado de su abuela, y la presenta el anhelado recibo, pegado con engrudo como cubierta de la cometa, pero entero y sin desperfecto alguno, el cual decía así:

«He recibido de mi convecino Juan Ramírez la cantidad de diez mil reales que le había prestado antes de ahora para sus urgencias, sin que me quede adeudando co-



Elementos de dibujo.

sa alguna. Y para su seguridad le expido el presente que anula la obligación que á mi favor me había entregado.

Villanueva 5 de Diciembre de 1790.—  
NARCISO RIPOLL.»

La alegría de la venerable abuela fué tan intensa, que sobreponiéndose á su debilidad, apoyada en su querido nieto, saltó del lecho, se vistió con la presteza de una jóven, y alegre y satisfecha dirigióse al juzgado, ante el cual presentó su tesoro, es decir, la cometa misma, donde se hallaba adherido el documento que la devolvía su tranquilidad, y aseguraba la preciosa herencia de su amado huérfano.

Desde entónces Juan comprendió, como

deben comprender todos los niños, cuán peligroso es destruir ó distraer de la casa paterna documentos de ninguna clase, pues como en el presente caso pueden perturbar la tranquilidad de la familia. La imprudencia que expuso á Juan á perder su fortuna, y lo que era más sensible aún, á que su anciana protectora sucumbiese bajo el peso de tan terrible desgracia, es una lección provechosa que los niños juiciosos y sensatos no deben olvidar: ya que la propia experiencia no les enseñe, deben meditar sobre los escarmientos y desventuras ajenas.

MIGUEL MARÍA CALVO.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.